



MX

MISIONEROS XAVERIANOS

caritas christi urget nos

Alberto Comuzzi



Giovanni Didonè



La alegría de vivir

Alberto Comuzzi

La alegría de vivir

Giovanni Didonè

Ediciones Xaverianas
Zapopan, Jal.

Colección: Mártires y Profetas de la familia Xaveriana
1. La alegría de vivir, Giovanni Didonè

Primera edición: Septiembre 2018
Tiraje: 3000 ejemplares

Título original en italiano: Giovanni Didonè, Gioia di vivere
Autor: Alberto Comuzzi

Ediciones Xaverianas
A.P. 1-200
Circuito Medas 500
Fracc. Altamira
C.P. 45160
Zapopan, Jal.
Tel: (01.33) 36 33 33 21



*"¡Seamos fuertes!
No piensen que los Padres
regresan a su casa,
sepan que ellos
en lugar de abandonarlos
prefieren morir".*

La vocación más bella y más grande

"Cada uno de nosotros debe estar, pues, íntimamente persuadido de que la vocación a la que hemos sido llamados no podía ser más noble y grande porque nos hace semejantes a Cristo, autor y consumidor de nuestra fe, y a los Apóstoles, los cuales después de abandonarlo todo, se entregaron, sin reservas al seguimiento del Señor, y que hemos de considerar como nuestros mejores maestros. ¡El Señor no podía ser más bueno con nosotros! En efecto, la vida apostólica unida a la profesión de los votos religiosos, constituye de por sí cuanto de más perfecto, según el Evangelio, se puede concebir". Este pasaje de la *Carta Testamento* del Fundador de los Xaverianos, Guido María Conforti (1865-1931) es la síntesis admirable de la más excelente de las vocaciones: la misionera.

Para responder completamente a esta vocación -fuertemente connotada de amor al Salvador y al prójimo necesitado de salvación- ha dado la vida Giovanni Didonè, uno de los hijos espirituales más ilustres de Conforti. En las páginas que siguen trazaremos el perfil biográfico de este generoso religioso, asesinado por un insignificante rebelde, el 28 de noviembre de 1964 en la misión de Fizi (República Democrática del Congo), con otro religioso, el P. Atanasio Joubert.

Giovanni Didonè, cuarto de once hijos, nace el 18 de marzo de 1930 en Cusinati di Rosà (Vicenza). En 1941 la familia se traslada a Ca' Onorai de Cittadella (Padua). Con la leche materna asimila los valores -profundamente cristianos- de aquellas familias patriarcales que con su trabajo han hecho fértil la campiña véneta. En aquel ambiente de fe sencilla, cuanto robusta, han brotado miles de vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa.

En la familia Didonè, cuatro hijas de cinco se harán monjas y tres hijos de seis entrarán en un instituto religioso. Tecla se convertirá en hija espiritual de San Camilo; Ana María, hija espiritual de San José, Palma, vestirá el hábito de las Doroteas de Vicenza y Amable, el de las Misioneras de María. Entre los

hijos Didonè, además de Giovanni, se hará xaveriano Camilo, mientras Severino será recibido por los Orionistas del Pequeño Cottolengo.

El testimonio de algunos familiares ha permitido reconstruir la niñez y la adolescencia del P. Giovanni.

Gracias a estos testimonios, en particular, fue posible tener una imagen, muy segura, de los primeros años de vida transcurridos por el religioso en la vieja casa de Ca' Onorai. Sus días, en aquella granja del campo véneto, estuvieron marcados por momentos bien definidos: por la mañana, en la escuela como todos los demás muchachos; por la tarde, después de las tareas, cuatro saltos en el corral junto a los hermanos, a las hermanas y a algún compañero.

En la casa Didonè se vivía con sencillez y sobriedad, aunque no faltó nunca lo necesario.

Una vida patriarcal donde hubo gran consideración hacia los padres y cariño entre los hermanos.

Papá Ángel y mamá María supieron hacerse respetar y no necesitaron levantar la voz para conseguir obediencia.

Vivir es hermoso

Los papás tenían una gran influencia sobre los hijos, sobre todo con la fuerza de su ejemplo, tanto en lo referente a los deberes religiosos como a los deberes familiares. En la casa Didonè se rezaba con fe, aunque el trabajo febril, especialmente en ciertos períodos del año, no dejaba momentos de descanso.

Era justo en aquellos momentos que se oraba con mayor devoción a Dios, para que bendijera los campos y protegiera las cosechas. El domingo, desde luego, todos iban a Misa, en horarios diferentes.

Mamá María siempre iba a la primera Misa para estar a disposición del marido y los hijos, que se levantaban más tarde.

Durante la semana, mientras, los muchachos iban a la escuela, el papá trabajaba en el campo. Algunas veces, llamaba también a los hijos para que lo ayudaran, que al crecer podían manejar las herramientas de trabajo. La familia era numerosa y para sustentarla era necesario gran sentido de responsabilidad. En aquella época no existían todas las preciosas máquinas que hoy hacen menos pesado el trabajo agrícola: cosechadora, podadora automática, sembradora, etc. Entonces, con la sola ayuda de las manos, se segaba, se sembraba y cosechaba. Cuántas veces por la mañana papá Ángel ya estaba en el campo cuando los pequeños se levantaban, y cuántas veces, por la tarde, cuando regresaba, los encontraba ya en cama dormidos. En aquella casa se vivía en serio el lema de San Benito *ora et labora*. Sobre el binomio "reza y trabaja" se basaba la paz y la serenidad de la familia Didonè. Los padres fueron personas de gran sentido común.

No poseían estudios teológicos, pero vivían como buenos y fervientes cristianos. Favorables a la instrucción catequética de sus hijos. Consideraban el conocimiento y la práctica de la religión católica un elemento útil para el buen éxito en la vida. Su visión del mundo puede parecer anticuada para tantas parejas de padres jóvenes que, para los propios hijos, exigen hoy, no una profundización de la fe católica, sino máximo un estudio comparado de las diferentes religiones. El resultado, es evidente, un alto porcentaje de muchachos con "crisis de identidad" que, traducido en palabras simples, significa jóvenes incapaces de dar un sentido a su existencia y, en no pocos casos, dispuestos hasta a autodestruirla. Exactamente lo opuesto a Giovanni, una persona entusiasta de la vida y, todavía más, de su opción de seguir a Cristo. ¡Vivir es hermoso, vivir detrás de Cristo es aún más hermoso! No hay carta o recado a hermanos, hermanas, padres y amigos en el que no hable, con entusiasmo, de su vocación.

Sor Tecla, la hermana mayor del P. Giovanni, ha dejado un amplio escrito con numerosos detalles que trazan muy bien la figura del hermano. "Era asiduo al catecismo y prestaba mucha atención", se lee en el testimonio de la religiosa, "porque cuando regresaba a casa repetía muy bien la lección aprendida y relataba

con gusto, sobre todo, los hechos del Evangelio y la Biblia. Leía a menudo el Nuevo Testamento que casi siempre llevaba consigo. A los once años se consagra a la Virgen. Su devoción a María creció de día en día, hasta cuando, a los 22 años, en la noche de la Navidad de 1952, se unió a ella en el espíritu del Santo Grignon de Monfort". Sor Tecla añade luego la descripción de un raro episodio que merece ser mencionado.

"Un día, después de la comida, mientras nuestros papás se fueron a descansar", cuenta la religiosa, "nosotros dos nos entretenimos hablando de nuestras pequeñas cosas cotidianas. A cierto momento el discurso cayó sobre el tema de las misiones... de la necesidad de misioneros... de la belleza de dar la vida por la salvación de nuestros hermanos lejanos. En aquel momento Giovanni, todo rojo de la cara, como si estuviera perdido en sus pensamientos, muy serio, me dice: "Oremos, oremos mucho y hagamos algún pequeño sacrificio". Esto ocurrió en el verano de 1941, durante la guerra. Poco tiempo después Giovanni reveló a nuestros padres el propósito de ser sacerdote misionero".

He decidido: me hago misionero

El papá de Giovanni no tenía dificultad por la elección del hijo de ser sacerdote, a condición que fuera sacerdote diocesano, es decir, un sacerdote comprometido en una parroquia de la diócesis.

La idea de un hijo misionero, en cambio, le causaba fuertes temores. Fue por esta razón que Giovanni entró en el seminario diocesano de Padua; la familia residía en un pueblo de la diócesis de Padua. El futuro misionero tendrá que esperar la edad de 20 años para conseguir el consentimiento, atormentado, del papá sobre su elección. El episodio lo reconstruye así el hermano Severino, en aquella época, estudiante de segundo de secundaria en el seminario menor, mientras Giovanni frecuentaba la preparatoria.

"Una tarde de julio de 1950, durante una breve vacación en familia, fuimos todos a descansar", recuerda el hermano. "Giovan-

ni y yo dormíamos en la misma recámara. Hacia las tres de la tarde, Giovanni, al oír el ruido de la puerta del cuarto de papá, saltó de la cama y a toda prisa bajó las escaleras. Entre los dos hay un intercambio de pocas palabras y enseguida se encaminan hacia nuestro cuarto. Mientras entran, intento salir, pero Giovanni, con una señal de la mano, me invita a quedarme y con voz temblorosa susurra: "Quédate aquí, quiero que estés presente". Estas palabras, me hacen despertar completamente y me siento en el rincón más alejado de la habitación. Transcurridos algunos momentos de profundo silencio, mi papá, viendo que mi hermano no se decidía a hablar, le pregunta con voz incierta: ¿me has llamado, no? ¿Entonces qué quieres?

"Mira, papá", comienza con voz temblorosa Giovanni, "sé que te voy a dar un gran disgusto, sin embargo, he decidido hacerme misionero. Aunque tú te opusieras, no harías más que retardar mi decisión algunos meses. En efecto, dentro de algunos meses cumpla 21 años. Sin embargo, aunque te cueste, deseo tener tu consentimiento y tu bendición. En estos años he seguido tu voluntad, frecuentando el seminario diocesano, ahora ya no puedo esperar". De los ojos de papá bajaron dos lagrimones grandes grandes; era la primera vez que veía llorar a mi papá. Siguieron unos instantes de profundo silencio, luego, con la voz rota por el llanto, papá concluyó: "Me había ilusionado creyendo haberte apartado de aquella idea. De todas formas sigue tu camino; y sal de aquí". Este hecho me parece el punto clave de toda la vida del P. Giovanni. Se explica así su carácter dócil, bueno y, al mismo tiempo, indómito, atrevido, impulsado a grandes ideales".

Nunca acostumbrarse a ser sacerdote

La biografía de Giovanni Didonè nos dice que él, después de un año de intensa preparación, emite la profesión religiosa en la Congregación xaveriana, el 12 de octubre de 1951, en San Pietro in Víncoli, entonces sede del Noviciado. Inmediatamente después, para iniciar los estudios de filosofía, se traslada con los compañeros a Desio, gran centro a las puertas de Milán, en la

majestuosa villa Tittoni. A principios de 1958 hallamos a Giovanni en Plasencia, en la casa xaveriana de Santa Chiara, sobre la avenida Farnese. Allí los Xaverianos han trasladado, desde 1949, la sede de los estudios de teología, que en un principio estaba en la Casa Madre de Parma. El 20 septiembre del mismo año, presentes los papás y hermanos, Giovanni Didonè recibe el diaconado de manos de Monseñor Battaglierin.

El 9 de noviembre es ordenado sacerdote. Algunos días después escribe a la hermana: "Lo que experimento por las mañanas subiendo al altar no te lo puedo decir, no logro describirlo. Reza para que no me acostumbre nunca a celebrar la santa Misa, no me acostumbre nunca a ser sacerdote. Nunca me he convencido, como en estos días, que solo por la infinita bondad y misericordia de Dios, hoy soy lo que soy. Y si soy lo que soy es por María, a Ella todo honor y gloria".

Un poco marinero, un poco alpinista

El P. Didonè parte para la misión el 3 de diciembre de 1959, fiesta de San Francisco Xavier, Patrono del Instituto Xaveriano. Una coincidencia -leída con el conocimiento de los hechos que tenemos hoy- cargada de sentido por lo que será su obra apostólica. Para tener una idea de la inmensidad del lugar en el cual el joven misionero había sido llamado a vivir su ministerio hace falta saber que, después de haber recorrido - alrededor de un mes- 400 kilómetros, todavía le quedaban otros 1.200 para completar la "gira" de su parroquia. El P. Didonè, en cinco años de actividad en la diócesis de Uvira, provincia congoleña del Kivu, será asignado a muchas misiones: Uvira, Baraka, Fizi, Kiliba. Se trata de lugares no lejanos de la frontera con Burundi y a la orilla occidental del lago Tanganica.

El territorio de la diócesis comprendía zonas llanas, montañosas, (algunas cumbres alcanzan los 3.000 metros de altura), y ribereñas, las que, exactamente, se asoman sobre el Tanganica. El área de Baraka -una de las primeras confiadas al P. Didonè, a otro xaveriano y a dos Padres Blancos de origen francés-, era una

especie de cuadrado dónde los lados, (alrededor 100 kilómetros cada uno), corren tres a lo largo de la tierra y el cuarto, a lo largo de la costa occidental del Tanganica.

Para alcanzar las aldeas de la misión hace falta ser un poco marinero, para navegar a lo largo del lago y un poco alpinista, para trepar sobre sendas ásperas hasta 2.500 metros de altura. Escribe en una carta el P. Giovanni: "Lo que me habla de África es, sobre todo, la vastedad, la inmensidad de estos lugares. La lengua no se presenta difícil. Tiene alguna palabra véneta. Por ejemplo: "mayai", que no significa cerdos sino huevos, se pronuncia como se lee.

Quien habla el véneto no tiene dificultad en pronunciar estos vocablos; su comprensión vendrá con el tiempo. A parte los "mayai" queda la preocupación de aprender bien la lengua local - el Kishwahili - sin la cual se es como un muerto y no se puede comunicar a los demás lo que se ha recibido. Espero, en algunos meses, estar en posibilidad de pronunciar los primeros discursos y, sobre todo, de poder empezar a confesar. La flora exuberante: muchísimas flores y de colores vivaces. Abunda el plátano. He visto que cultivan también el maíz, la mandioca, los frijoles y hasta la calabaza. He visto el cultivo del café, del algodón y de la caña de azúcar. Se tiene la impresión que los negros aquí son ricos, en comparación con otros, sin embargo, los europeos hacen siempre la parte del león".

En las zonas llanas del Kivu, el clima es favorable a los europeos: el termómetro, de día, no sube más allá de los 28 grados a la sombra y, por la noche, se mantiene alrededor de los 25-26 grados. Por cuanto concierne la comida, al menos hasta vísperas de la revolución de 1964, los misioneros no tenían casi nunca problemas: todos los días podían tener carne y pescado de buena calidad. Sobre su mesa aparecían también frijoles, lechuga, puerros, cebollas rojas, apio, hinojo y otras especies de legumbres, gracias a un italiano, residente en esta zona hasta 1960, año de la independencia de Bélgica, que introdujo el cultivo de hortalizas.

¡Qué bonito... cuando no llueve!

En la misión de Baraka están presentes, además de otras etnias, los Banyarwanda, ruandeses refugiados en Congo e instalados alrededor de las montañas de Uvira. Ganaderos.

Entre ellos hay personas de alta estatura que impresiona la fantasía de los europeos. ¡Irónicamente el P. Giovanni necesitará una "escalera" para poderlos bautizar! Muchos grupos viven en aldeas a 2.500 metros de altura, sobre las montañas que rodean el lago Tanganica. El P. Didonè, periódicamente, va allá arriba para evangelizar. Por una de sus cartas recogemos una parte de su experiencia entre los "gigantes". Es un texto, cargado de humanidad, en el cual aparece la plenitud de un alma que vibra de luz divina. "He estado un mes de veraneo", escribe el P. Giovanni. "Durante el día dos suéteres fueron poco, durante la noche no bastaron tres cobijas.

Por diez noches he dormido en un "trinomio", o mejor, en mi "trinomio", construido por mí mismo. Está hecho así: cañas de bambú, bejucos y estiércol de vaca. Si intentas imaginar este trinomio, verás como resultado una espléndida choza redonda de tres metros y medio de diámetro. ¿Cómo estuve? ¡Muy bien! Con una pequeña advertencia: no hay que estar en cama cuando llueve. Por fortuna allá arriba llovía todos los días alrededor de la una a las cuatro de la tarde, entonces mi impermeable protegía bien mi camita del agua que bajaba por todos los agujeros del techo. A veinte metros de mi choza iniciaba la gran selva virgen.

Bien se puede imaginar que impresión hace, especialmente al anochecer, en quien no ha visto nunca en su vida selvas así. Con estas imágenes me acosté y, además, llegaban a mis oídos unos sonidos singularísimos, que parecieron, a mí, inexperto, gritos de leones, de tigre o de otras bestias feroces. Todavía no me dormía, cuando ya soñaba con leones, tigres, animales de cada especie. Pasé la primera noche, en aquella aldea de Banyarwanda, agitado y sin cerrar ojo. Por la mañana, después de aquella inolvidable primera noche, temprano, inspeccioné la choza y sus alrededores. Me introduje un poquito en la selva y vi unas vacas.

¡Ni sombra de tigres ni de leones! Temo que tendré que volver a Italia sin poder ver uno. Las otras nueve noches he dormido realmente bien. En aquella ocasión se administraron noventa bautismos de adultos. Los ha administrado mi superior que es un metro y ochenta y cinco centímetros de alto, y por lo tanto, no tiene dificultad en "lavar" aquellas cabezas. A mí me tocó bautizar a unos cuarenta niños de entre dos y seis años, trabajo proporcionado a mi estatura, sin embargo, ¡la próxima vez me haré de una escalera!... Naturalmente no faltan los apóstatas. La ética de la vida matrimonial es la más amenazada. Se inclinan a una poligamia moderada, que es, sin embargo, siempre poligamia. Existe, sin embargo, un número considerable de cristianos que se mantiene coherentes y fervoroso también a costa de grandes sacrificios para vivir en la dignidad de hijos de Dios. En ellos está la esperanza de la Iglesia".

La bella Señora nos salvará

De las montañas al llano: cuando el obispo, Monseñor Danilo Catarzi, decide fundar una misión en Kiliba, localidad a lo largo del camino que conecta Uvira a Usumbura, capital de Burundi, el P. Giovanni es de los primeros religiosos en ser enviado. La misión de Kiliba nació para asistir espiritualmente a los millares de personas atraídas al lugar por la apertura de la gran azucarera Sucraf.

En poco tiempo, alrededor del establecimiento, surgió una gran aldea habitada por los obreros cualificados y sus familias. Era una especie de colmena, alrededor de la cual zumbaban miles de personas, que trataban de ocupar el tiempo como podían. De aquí la fundación de la misión con escuelas y dispensario.

He aquí como explica su nuevo encargo el P. Giovanni: "He dejado la misión de Baraka, que dista 110 kilómetros, para venir aquí a Kiliba, lugar poético, pero dónde hay un inmenso trabajo que desarrollar.

La misión fue abierta por un Padre Blanco y un religioso xaveriano. Ahora el Padre Blanco fue llamado a otro lugar y yo he

venido a reemplazarlo. Además con nosotros está otro padre xaveriano, venido recientemente de Italia. También aquí tenemos una zona montañosa, pero no como en Baraka.

Los habitantes son más de 35.000 y están mucho menos dispersos sobre el territorio en comparación a aquellos de Baraka. Aunque se encuentre en Congo, el centro de Kiliba está muy unido a Usumbura, porque esta ciudad no está muy lejos, además, porque los occidentales que trabajan como técnicos en la azucarera Sucraf, están muy unidos a los europeos de Usumbura.

Pero, desafortunadamente, los precios han subidos. Además, entre los comerciantes y los dependientes occidentales de Sucraf reina cierta desconfianza.

Después de la independencia del país aquí han nacido tres gobiernos diferentes, cada uno con la pretensión de ser legítimo; y es difícil saber cómo acabará. Esperamos solo que el comunismo venido de fuera, no tenga ventaja, si no nos cortan antes la cabeza, nosotros misioneros nos veremos obligados a regresar a Italia. Pero la bella Señora, la Reina del Congo, nos salvará del diablo rojo. Con mi cohermano, el P. Viotti, me encuentro muy bien: está lleno de santo celo; es un alma de fuego. Comparándome con él, solo puedo gloriarme de hacerle comer el polvo cuando vamos en bicicleta.

Con nosotros también está un tercer cohermano, el P. Alvisi, que está recién llegado, no conoce todavía la lengua y no puede, desde luego, ayudarnos completamente en la actividad apostólica. El trabajo es intenso, pero maravilloso: catecúmenos, confesiones, enfermos, Legión de María, jóvenes de la asociación "Juventud Xaveriana" (Xaveri), además de las visitas a las aldeas.

Me siento muy bien y nunca creí tener tanta energía y resistencia en mis desplazamientos y en mi actividad. En el mes de octubre, aquí en Kiliba, hemos tenido la "peregrinación mariana". Hemos llegado al final muy cansados, ¡pero que bonitos consuelos! ¡Cuánta gente alrededor de la estatua de la Virgen!

Católicos y protestantes, animistas y musulmanes. También aquí la Mamá del cielo se da a querer. ¡Cuántas confesiones y cuántas comuniones!

Ahora estamos preparando a un centenar y más de catecúmenos para el bautismo y a muchos muchachos para la confirmación y la primera comunión”.

Diamantes y miseria

La realidad en la que cayó el P. Didonè es muy compleja. El Congo, como todo el Continente negro, estaba en ebullición desde hacía décadas y estaba marcado por siglos de sufrimiento; seguramente, desde que los primeros colonizadores europeos habían empezado a tener contactos con los indígenas.

Cuando el misionero xaveriano llegó al tumultuoso país africano, el cristianismo, al menos en algunos territorios, ya había sido anunciado desde hacía casi cinco siglos.

En efecto, en el 1483, cuando los primeros portugueses aparecieron en aquella región de África se preocuparon ante todo de evangelizar a las poblaciones, empezando por la dinastía del rey que se volvió cristiana en 1491.

Hacia finales del siglo XVI, cuando la trata de los esclavos se convierte en una auténtica industria, los portugueses abastecen cantidades, cada vez más grandes, de hombres para los plantíos de Brasil, el reino del Congo se transforma en un campo de salvaje cacería en el que se combaten ferozmente todas las tribus. En 1660, después de una inútil tentativa de expulsar a los portugueses, el reino del Congo está prácticamente destruido como entidad política y como agregado social. Los hechos del país, y de África en general, en los siglos siguientes, en particular a partir de la segunda mitad del siglo XIX, se identifican sustancialmente con la colonización europea.

Al final del ochocientos, el Congo se convierte en un territorio colonial por iniciativa personal del rey de los belga, Leopoldo



1959, Didonè y Faccin en Baraka.



1972, antigua iglesia de Fizi.



Lugar donde reposan los restos del padre Giovanni y del padre Joubert.

II, que supo aprovecharse de la obra de uno de los más grandes exploradores africanos del tiempo, Henry Stanley.

En el congreso de Berlín de 1884, Leopoldo II fue reconocido como soberano del Estado independiente del Congo. En 1908 el nuevo país se convierte en colonia belga.

Al estallido de la Primera Guerra Mundial, el Congo se convierte en el centro de las operaciones anglo-belgas que llevan primero a la conquista de Camerún y luego a la defensa de Rodesia. Después de la Primera Guerra Mundial a este dominio se le agrega, bajo la forma de mandato, el doble territorio de Ruanda y Urundi, al este de la línea de los lagos, entre Kivu y Tanganica.

Durante la Segunda Guerra Mundial el territorio congolés, fiel a Bélgica, fue la única base de la soberanía belga después de la ocupación alemana, y en vísperas del reconocimiento del gobierno belga en el exilio, fue objeto de un acuerdo con Inglaterra, (febrero de 1941), para aprovechar conjuntamente los ricos yacimientos mineros. En 1960, el Congo llegará a producir el 75% de diamantes industriales del mundo, el 75% de radio, el 60% de cobalto, el 15% de diamantes para joyería, el 15% de estaño, el 8% de cobre, el 3% de Zinc, el 2% de oro. A pesar de toda esta riqueza —concentrada, sobre todo, en la región del Katanga— el 80% de la población, alrededor de 11 millones de personas, vivía en condiciones de extrema pobreza.

Para tener un parámetro de referencia, hoy la República Democrática del Congo cuenta con cerca de 49 millones de habitantes y una renta nacional bruta, pro cápita, de 130 dólares estadounidenses, mientras Italia, con 57 millones y medio de habitantes, tiene una renta pro cápita bruta de 19.880 dólares. 1960 será también el año de la independencia del Congo, alcanzada después de dos años del nacimiento de la Comunidad franco-africana de 1958, que favoreció las instancias independentistas del país.

Accidente misterioso, masacre evidente

A la independencia, sin embargo, el Congo llegó completamente impreparado, sin una estructura política, administrativa, técnica y económica; el tejido social del país se daba solo por las uniones tribales. Con base tribal, en efecto, nacieron los partidos políticos, salvo el Movimiento Nacional Congoleño (MNC), capitaneado por Patrice Emery Lumumba. Pocos días después de la independencia congoleña se levantó una revuelta por un improvisado ejército liderado por J-D Mobutu. Este fue pretexto para el regreso armado de los belgas, quienes favorecieron la secesión de la rica región del Katanga, feudo de la compañía minera “Union Minière”, para mantener todavía el control y explotar sus recursos. Poco después también la provincia de Kasai proclamaba la secesión.

Al mismo tiempo el jefe del estado, Kasavubu y el presidente del Consejo, Lumumba entraron en conflicto abierto y el país se precipitó en el desorden más absoluto. Fue, por lo tanto, requerida una intervención de las Naciones Unidas, que mandó un contingente de fuerzas armadas, que se reveló totalmente inadecuado para restablecer la paz. Un acuerdo de hecho entre Kasavubu, Mobutu y M. Ciombe, líder del Katanga, llevó a desautorizar al jefe del gobierno, Lumumba, ferviente partidario de la independencia y de la unidad del Congo.

En febrero de 1961, se hizo pública la noticia de la muerte de Lumumba, asesinado, al parecer, por hombres de Ciombe.

En agosto del mismo año, se llegó a la formación de un gobierno liderado por C. Adula, en quien las Naciones Unidas confiaban para restablecer el orden en el país.

El Secretario General de la ONU, D. Hammarskjöld, llegó personalmente a Congo, pero aquel viaje le costó la vida, en un misterioso accidente aéreo el 17 noviembre de 1961.

Y en el mismo mes la tragedia de Kindu, provincia de Kivu, donde trece pilotos italianos en misión de la ONU fueron masacrados por los rebeldes congoleños. Después de haber descargado

viveres y otros insumos de subsistencia, toda la tripulación fue atacada y masacrada dentro del aeropuerto.

Un monumento, en el área frente al aeropuerto Leonardo Da Vinci de Roma, recuerda el episodio y a los desafortunados pilotos. A pesar de los bárbaros asesinatos, la iniciativa de la ONU no se detuvo. Más bien, fue intensificada la acción diplomática con el gobierno ilegal de Ciombe, pero, sin alcanzar resultados apreciables. Al final, la situación fue desbloqueada por el cuerpo de expedición internacional (ONUC) que puso término a la secesión del Katanga ocupando, en enero de 1963, la capital Elisabethville y a toda la provincia.

Los dieciocho meses siguientes son cruciales para la crisis congoleña. Es este, en efecto, el período en que el nuevo primer ministro Adula, quien saldrá de escena en junio de 1964, con la retirada del contingente de la ONU, intenta solucionar los problemas más urgentes: la pacificación interior, la estabilidad del gobierno, el saneamiento económico. Para reavivar la economía Adula abre negociaciones para conseguir préstamos y asistencia con Nigeria, con la Comunidad económica europea y con varios países occidentales. A pesar de sus esfuerzos el nuevo primer ministro no logra impedir que la oposición, de inspiración lumumbista, se transforme en endémica guerrilla en vastas zonas nororientales del país.

Kindu, presagio de otras tragedias

La actividad apostólica del P. Giovanni Didonè se desarrolla en este período y en este contexto. Los acontecimientos de los que será protagonista deben leerse e interpretarse con el fondo de este escenario histórico local e internacional.

El Congo en el que el padre xaveriano se sumerge con mucho entusiasmo, lo tenemos en parte ya visto: llaman la atención las diferencias culturales, casi cuatrocientas tribus. La mayoría son de origen bantú. La organización política, a los ojos del europeo, parece rudimentaria, pero corresponde a la correcta

convivencia social de las tribus. Predomina la organización del clan, como incluso -en algunas culturas- la descendencia patrilineal, con herencia al hermano menor en lugar del hijo mayor... Muy desarrolladas están las sociedades secretas, algunas dedicadas al culto de los muertos. Difundido, y de gran valor para la vida del grupo familiar, es el recuerdo de los antepasados vistos como quienes han dejado a las nuevas generaciones la ciencia del vivir y, al mismo tiempo, los que los pueden defender de los espíritus malignos. Esta creencia en los espíritus malignos determina, en todos, el sentido de un gran miedo y que explica la difusión de prácticas mágicas. También por esto la religión católica tiene dificultad en ser anunciada.

A pesar de que las áreas fértiles alcancen el 21% de todo el territorio, solo el 1% es cultivado. La agricultura, primitiva, está dirigida sobre todo a enfrentar las necesidades alimenticias locales. Los principales productos son: sorgo, mijo, maíz, mandioca, camote, plátano, cacahuate, ajonjolí y arroz. A la mujer se le confían todos los trabajos del campo, salvo arar la tierra; la cría de animales, por razones climático-ambientales, se limita a la cabra y al cerdo.

Los rebaños de ovejas y de bovino se encuentran, en efecto, en pocas zonas de montaña. Las características del estilo de vida del pueblo congolés ya nos fueron descritas por el P. Giovanni. El misionero xaveriano, más allá de los necesarios conocimientos antropológicos, sociológicos e históricos, trabaja en un contexto muy real que es el de la gente de bajo nivel de escolarización, aunque con una cultura ancestral sugestiva y rica en valores antropológicos y sociales.

Si con las personas humildes es fácil entenderse, con los jefes y jefecillos, además poco instruidos, se complica la cosa y, en algún caso, peligrosa, hasta la más banal comunicación. El Congo que conoce el P. Didonè, la provincia de Kivu, no es aquella postal colorida y tranquilizadora en que se representa la bonachona figura del misionero, vestido de blanco y casco colonial, rodeado

por una bandada de alegres niños de la piel brillante y negra con ojos dulces y penetrantes. El Congo del P. Didonè es un país en que se ocultan los resentimientos tribales, y en donde la piel blanca es sinónimo de opresión.

Uno de los muchos problemas que afronta el misionero xaveriano es casi irresoluble: se trata de hacer superar los deseos de venganza entre los clanes nativos y, mientras tanto, hacer caer los prejuicios negativos de los congoleños respecto a los blancos.

El hecho es que las venganzas se basan en ancestrales rivalidades y el rencor hacia los blancos sobre reales injusticias padecidas en el pasado. ¡Y no solo! A pesar del contexto difícil el P. Didonè no se desanima. ¿Está preparado para anunciar el Evangelio, justo allí donde no ha llegado nunca? Entonces, adelante a sembrar la Palabra de Dios, sobre todo con el testimonio de las obras.

Una pascua de oro

En la tardía primavera de 1962, el P. Didonè está en Fizi con un preciso compromiso: construir una iglesia para su comunidad. El obispo Monseñor Danilo Catarzi lo apoya con cariño y con ayudas concretas. Casi todo el material para la iglesia -chapas, jambas, puertas, ventanas y hasta varios indumentos- viene de Uvira, la ciudad donde reside el Obispo. El 11 de febrero de 1963 se consagra la iglesia.

Es un edificio de 18 x 8m, pobre, pero decoroso, capaz de albergar a 500 personas. El P. Didonè no quiso una estructura imponente ya que los fieles de su misión vivían en modestas chozas de barro y paja. Deseó, sin embargo, poner a disposición de su gente un lugar para el culto que no tuviera nada que envidiar al que disfrutaban los cristianos de otras misiones.

Los ritos de la Semana Santa de 1963 representan, para el atrevido misionero, uno de los momentos más gozosos de su apostolado. En una carta de aquel año, fechada el 28 de abril y dirigida a los familiares, escribe: “He pasado una Pascua de oro, maravillosa. No creo que haya habido un sacerdote más cansado que

yo en aquella noche santa de la Resurrección, e incluso creo que ninguno ha sido más feliz. Por tres semanas he preparado a unos setenta catecúmenos al bautismo, con dos lecciones al día; en la noche del Sábado Santo han recibido el bautismo ¡bien ochenta y seis nuevos fieles; Qué espectáculo ver nuestra iglesita, que todavía sabe a cal fresca, iluminada como si fuera de día ¡con focos de 100 voltios cada uno! La iglesita repleta de gente. Los bautizandos, dispuestos en diez filas, esperaban ansiosos el bautismo. Fue realmente bonito y conmovedor ver su fe. ¡Ojalá hubieran estado presentes también ustedes!

He empezado por la tarde a las 10 de la noche: bendición del fuego, del cirio pascual, canto del Exultet, letanías de los Santos, luego bendición del agua bautismal y bautismos solemnes. Se llega justo a la medianoche. Bendición de dos bodas y canto de la misa de Resurrección. A la una y media parece que todo ha terminado, pero no es así. Los nuevos cristianos aprovechan la luna llena para iniciar, en la gran plaza de la misión, toda una fiesta de cantos, danzas, acompañadas por el redoblar de decenas de tambores. La mañana de Pascua la iglesia se llena de cristianos todavía dos veces.

El lunes de Pascua el obispo, por primera vez, llega en avión, pilotado por el hermano Pirani, a Fizi. También este hecho entusiasma a nuestros cristianos, que ven a su pastor llegar sobre las alas del viento... ".

Son abrumadoras, por no decir desconcertantes, la candidez y la fuerza espiritual expresada en esta carta del padre Didonè. El misionero xaveriano no ignora la situación de inestabilidad política y social en que, en todo caso, es obligado trabajar; pese a todo esto, sus pensamientos, fundados en la fe, y la obra evangelizadora, siembran confianza y muestran esperanza para el futuro. El P. Didonè está compenetrado -es devorado- por su misión. No es un desprevenido o un atrevido, es un auténtico cristiano.

Siempre desde Fizi, escribe, en efecto, a su hermana, sor Amable: "Con la presencia de algunas religiosas, aquí las cosas irían mejor. Parece, sin embargo, que no todo vaya tan chueco.

Políticamente todo está por los suelos, no hay nada que funcione. Podemos decir que no existe autoridad alguna y al mismo tiempo podemos decir también, que hay demasiadas. Todos quieren mandar. Los soldados -gracias a Dios- empiezan a ser más disciplinados y a estar en su sitio, y esto nos mantiene más tranquilos y nos hace esperar bien. Por parte de la población hay quien nos ve con malos ojos, ¡pero hablan mal de nosotros solo cuando están borrachos! En los momentos de lucidez no dicen ciertas cosas, también por prudencia humana. La mayoría de la gente nos quiere, sobre todo porque ven que queremos a sus niños. La cristiandad está resurgiendo. Todavía no todos vienen a la Misa o se acercan a los sacramentos, pero se nota una vuelta, con rabia de los protestantes y de quienes no nos quiere ver".

Misión, testimonio y martirio

Para comprender el mensaje de la historia humana que el P. Didonè nos ha dejado, mensaje común a todos los mártires de la fe, tenemos que abrir aquí un paréntesis, relativamente amplio, sobre el sentido del martirio. El lector no nos lo tome a mal, pero, si no se gastan dos palabras para profundizar este argumento, resultará casi imposible comprender porque, todavía hoy, hay personas dispuestas (como Didonè), a dar su vida por seguir a Cristo. Hacemos este excursus con el teólogo Bruno Maggioni, de quien tomamos algunas penetrantes reflexiones. Teniendo constantemente el pensamiento dirigido a la muerte violenta del P. Didonè -sobre los detalles nos detendremos más adelante- logramos entonces entender más fácilmente por qué con el martirio se entra con espontaneidad en la existencia cristiana. Excepcional puede aparecer la forma en que el martirio ocurre, pero no su sustancia innata en quien elige seguir a Jesús. Ciertamente no toda vida cristiana concluye, de hecho, con el martirio, pero todo auténtico seguidor de Cristo contempla la posibilidad del martirio.

El martirio es una petición que Dios hace a algunos. La disponibilidad de dar testimonio hasta las últimas consecuencias, sin embargo, es parte del equipaje personal de cada discípulo. Vivir el seguimiento de Cristo comporta, en todo caso,

la negación de sí, la aceptación de la cruz y el abandono de los valores terrenales: no a la ansiedad de conservarse, sino la elección de consagrarse. "La bienaventuranza de la persecución", recuerda Bruno Maggioni, "es la única repetida dos veces, y esto ya nos dice su importancia, (Mt 5,10-12)". La misma palabra testimonio, además, implica una dirección misionera: el testimonio siempre ocurre no solamente delante de alguien, sino en dirección a alguien. A sus discípulos misioneros, Jesús dice: "En testimonio hacia ellos y hacia los paganos".

El terreno privilegiado del testimonio y del martirio es la misión, el proyectarse de la Iglesia al exterior. Justo lo que ha hecho el P. Giovanni Didonè. Los misioneros, desde siempre, saben que son la infantería de la Iglesia.

Más bien, su papel es el que en los ejércitos desarrollan los exploradores, a quienes -siempre a la cabeza de cualquier departamento- corresponde explorar la consistencia del plomo enemigo.

He aquí porque la "corporación" de los misioneros cuenta con tantos caídos y con tantas medallas de oro, (lee "santos", en la dimensión de la fe). El P. Didonè (como los demás religiosos muertos durante las recurrentes oleadas revolucionarias en el Congo y en otras regiones de África y del mundo), no era un exaltado, un apasionado alocado por el heroísmo.

Era un sacerdote católico que contestó, con gran convicción y determinación, a la llamada de Dios.

Los estudios teológicos le sirvieron para reforzar, en lo intelectual, lo que el corazón ya le había sugerido: seguir a Dios, sin condiciones. En Parma nadie le escondió las dificultades del apostolado al que se dedicaría.

Los superiores, en las clases de historia de la Iglesia y en aquellas, más circunstanciadas, sobre los orígenes del Instituto al que pertenecía, le contaron de los muchos sacerdotes y misioneros asesinados por anunciar al Verbo. El P. Didonè era consciente de la unión que existe entre misión y martirio. "Este último es la

señal de la eficacia de la misión, no sencillamente de su verdad, ni solamente de la santidad del misionero", las palabras son todavía de Bruno Maggioni quien continúa: "es porque "no lograron resistir a la inspirada sabiduría con la cual él hablaba", que decidieron lapidar al diácono Esteban (Hch 6,10).

Y es porque Jesús hacía "muchas signos" que Caifás tomó la decisión de condenarlo (Jn 11,47). "Lo que empuja al choque decisivo no es, pues, una misión fracasada, sino lograda; no su debilidad, sino su fuerza; no palabras faltas de verdad y convicción, sino palabras convincentes. El martirio es el destino de la verdad, no de la mentira; de la mansedumbre, no de la violencia."

Los demás aspectos del P. Didonè, que se encuentran en sus escritos ya citados, son el sosiego que él muestra en juzgar los acontecimientos y la serenidad interior que guía sus decisiones.

Las categorías del psicoanálisis y la psicología, probablemente, definirían al P. Didonè un sujeto realizado y bien integrado. Más sencillamente nosotros creemos que, dentro de la dimensión de la fe cristiana, él es un hombre lleno del Espíritu Santo. A esta conclusión nos lleva el mismo misionero quien, pocos meses antes de la muerte, escribe textualmente: "Esperaba tener noticias de ustedes, (el texto está dirigido a los familiares), pero nada. Se ve que alguien se puso las cartas en el bolsillo, y ya no las encuentra. ¡Paciencia! Con respecto a lo que dicen los periódicos y la radio sobre Uvira, en estos días, es muy exagerado. También aquí hay manifestaciones, pero en Fizi, hasta ahora, hay calma y esperamos que dure... Los abrazo a todos y acompáñenme con las oraciones". El P. Didonè tranquiliza a todos, infunde confianza, pero en su corazón sabe que la situación, sobre todo para los misioneros, no es para nada serena, sino, más bien inquietante.

¿Dónde encuentra, pues, tanto valor? En el Espíritu Santo que se asume la tarea de proteger al discípulo del escándalo en el momento en que su fe está peligrosamente puesta a prueba.

El Espíritu -explica la teología- crea en el ánimo del discípulo perseguido la íntima seguridad que el Crucifijo es el vencedor. No necesariamente lo sustrae a la turbación y al miedo, pero le dona una serenidad que lo mantiene firme también en la turbación. Por todo esto se entiende que el martirio es un regalo del Espíritu, aquel mismo Espíritu del que estuvo lleno el misionero xaveriano.

La Iglesia anuncia la muerte del Señor con la verdad y la concretización de sus obras. La Iglesia, sin embargo, tiene que ser también visible; y el martirio es la memoria más visible del Crucifijo, la forma más cercana posible al acontecimiento histórico de Jesús. Es a la luz de estos pensamientos que ahora podemos comprender los adecuados desenlaces cumplidos por el P. Didonè delante de sus asesinos. La reconstrucción de las últimas horas de vida del misionero xaveriano se debe al P. Palmiro Cima quien regresó a los lugares del asesinato en enero de 1966, y pudo recoger informaciones de testigos presenciales.

Fidelidad hasta la muerte

El 28 de noviembre de 1964, un jefe de rango inferior de la guerrilla, un tal Abedi Masanga, autoproclamado coronel, mata en la misión de Baraka al P. Luigi Carrara y al Hermano Vittorio Faccin. El mismo día el sanguinario revolucionario regresa a Fizi. Recorre 29 kilómetros de camino sinuoso y atormentado, a lo largo del cual tiene el tiempo de reavivar en el ánimo el odio contra los padres de la misión de Fizi. Se dirige en un primer momento a la casa que sirve de sede al general Shabani, comandante en jefe de todas las fuerzas de la armada popular de liberación del este.

Masanga informa al general de la matanza que ha cumplido en Baraka y le manifiesta la intención de completar la obra también con la matanza de los religiosos que residen en Fizi. Shabani se muestra contrariado por el asesinato de los padres de Baraka y advierte a Masanga que no repita un gesto parecido en Fizi.

Alguien ha recogido los momentos de la encendida disputa entre los jefes de los rebeldes. "Si matas a los padres ¿qué ganas?", le pregunta el general a Masanga.

Y este, respondió: "Ya que han muerto los de Baraka, ¿por qué tienen que quedar vivos los de Fizi"? Es la lógica de la violencia que rige en un grosero jefecillo de la revolución. La decisión, en todo caso, está tomada. Son alrededor de las seis de la tarde cuando el jeep de Masanga, con el asiento anterior empapado de la sangre del Hermano Faccin, se para delante de la gran estatua de la Inmaculada que domina la entrada de la misión de Fizi, a pocos pasos de la iglesia. Masanga baja del coche y llama a gritos al P. Didonè.

El misionero no tiene ni tiempo de salir, cuando un proyectil lo golpea en la frente. Cae sin un quejido. El abbé Atanasio Joubert, que seguía al P. Didonè, tiene apenas el tiempo de darse cuenta de la tragedia del acontecimiento. Después de un instante de incertidumbre se lanza hacia un barranco a pocos pasos de la casa de los religiosos.

Demasiado tarde: un proyectil le alcanza el corazón. Se abate moribundo entre la hierba de un espeso matorral. Masanga, seguro de la muerte de los dos religiosos, retoma el camino por el que llegó. ¿Por qué tanta ferocidad contra hombres indefensos? Para no perder el control de sus seguidores por parte de un jefecillo de la revolución tan grosero y tan inexperto.

Tres días antes, en efecto, durante una fallida emboscada por las fuerzas regulares, apoyadas por mercenarios de gran experiencia militar, el grupo de Masanga perdió, sobre mil, setecientos *Simba*. Simba, los leones, así se había autodefinido aquel grupo de rebeldes. Teniendo que justificar el clamoroso fracaso, el jefecillo revolucionario no supo encontrar mejor justificación que acusar de espionaje, (por la famosa cuanto inexistente "*foni*", radiotransmisor), a los Misioneros Xaverianos.

Es una historia vieja como la humanidad: matando al chivo expiatorio se calman los ánimos y todas las cosas vuelven a su

lugar. Sin embargo, ahí hay una respuesta más verdadera, más profunda: más allá de la materialidad histórica de la crónica descubrimos un acto de fe y fidelidad, la fidelidad de un misionero a su vocación, la fidelidad de un consagrado a Dios por la misión y a su Señor, la fidelidad de un presbítero a su gente. El P. Giovanni Didonè muere, pues, en el torbellino de una guerrilla, cual víctima inocente del odio racial diseminado contra los blancos por una propaganda extremista. Su sangre, sin embargo, no se derramó en vano.

Gracias a su sacrificio, y al de otros numerosos misioneros, hoy, en efecto, el cristianismo -por el así dicho proceso de inculturación- está vivo en muchos países de África.

Algunos meses después de la muerte del P. Giovanni, su cohermano, ahora difunto, el P. Víctor Ghirardi, encuentra este significativo escrito suyo dirigido a un catequista. He aquí algunos párrafos, traducidos del kishwahili:

Fizi 9/11/64

"Querido maestro Raphael, te saludo.

Gracias por tu carta y por el trabajo que desarrollas. Ahora en Roma, con el Concilio, han dado a los obispos de las misiones el permiso de poner a los Diáconos al lado de los Padres, es decir: el Obispo puede elegir a catequistas que han dado prueba de vida honesta, de fidelidad y de celo, y darles el gran permiso de bautizar como los Padres y de distribuir la comunión a los cristianos. Estos diáconos pueden ser también casados, y su poder es un poco inferior al de los Padres.

Tengan todavía un poco de paciencia y dentro de poco tendrán a un Diácono y si estuviera todavía en dificultad como en los tiempos de la independencia, y como incluso lo estoy ahora, ya no tendrán razón de preocuparse. Pidán a Dios y a la Virgen María, nuestra madre, para que tengamos un poco de paz, y que nos vaya bien en todo. Te escribo todo esto para darte un poco de esperanza por los tiempos que están por venir.

Nosotros los Padres estamos aquí en Fizi, muy lejos de nuestros países, pero Dios está en todas partes y nos ve. ¡Seamos fuertes! No piensen que los Padres regresan a su casa, sepan que ellos en lugar de abandonarlos prefieren morir. No escuchen las mentiras. Nosotros fuimos enviados para quedarnos aquí en la misión de Fizi. No he ido todavía con ustedes porque no puedo, y ustedes bien lo saben, pero me verán, no sé cuándo, pero me verán".

Índice

La vocación más bella y más grande	5
Vivir es hermoso	6
He decidido: me hago misionero	8
Nunca acostumbrarse a ser sacerdote	9
Un poco marinero, un poco alpinista	10
¡Qué bonito... cuando no llueve!	12
La bella Señora nos salvará	13
Diamantes y miseria	15
Accidente misterioso, masacre evidente	19
Kindu, presagio de otras tragedias	20
Una pascua de oro	22
Misión, testimonio y martirio	24
Fidelidad hasta la muerte	27

